

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo, 12, 1-8.11-14): *Yo soy el Señor.*

Salmo (115, 12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz de la bendición es la comunión de la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios, 11, 23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13, 1-15): *No todos estáis limpios.*

Juan, en su evangelio nos presenta un relato extraño, difícil de entender; los que allí estaban no lo consiguen. Los discípulos, por completo desconcertados, observan atónitos como Jesús se quita la ropa; como *«el Maestro y el Señor»* desempeña el trabajo de un siervo/esclavo, como les lava los pies.

Jesús hace caer por los suelos la imagen de un mesías triunfante, que contemplábamos al inicio de la celebración del pasado Domingo de Ramos. Quizá por todo esto entendemos tan bien la reacción de Pedro. No es capaz de comprender ni asimilar la imagen de un “Señor” y un “Maestro”, tirado a los pies de sus discípulos, como un siervo o un esclavo; una imagen más elocuente que mil palabras.

A veces las palabras no son suficientes. Cambiamos su sentido, o hacemos que sirvan a nuestro interés. En Jesús la Palabra se avala con la vida, sin falsos entendidos. Nos sorprenden los gestos y las acciones en este Día Santo. Solo hay que acoger una Entrega y hacerla Vida de nuestra vida. El Amor del Padre es hasta el extremo, hasta la entrega de la propia vida. Mirad qué gestos tan claros realiza Jesús: se levanta de la cena; se quita el manto, toma una toalla, echa agua, se pone a lavar los pies y se los seca. No hay palabras vacías: hay entrega, servicio, desprendimiento.

Este Amor-Vida nos sorprende. A ver si podemos hacer nosotros lo mismo..., con lo seguros que vivimos... Y, claro, no entendemos del todo que el Amor sea entrega y servicio, que haya que hacerlo realidad. Y nos escudamos en lo que haga falta para no actuar como seguidores de este Maestro. Esto no es nuevo, le pasó a Simón Pedro, incapaz de comprender. Nos hace falta un proceso, un *«lo comprenderás más tarde»*, hasta sentir de verdad que si no hacemos lo mismo que Jesús (o sea, servir) nada tenemos que ver con Él.

Pedro, que ha vivido codo a codo con Jesús, no soporta el abajamiento del Maestro, no soporta tenerlo a sus pies: si se deja servir ya no le queda otra cosa que hacer en la vida lo mismo; si se deja servir pierde su estatus. Pedro necesita a su señor arriba para poder ser señor de otro, si se deja servir, toda la verticalidad en la que está construida la estructura de este mundo se derriba.

Hacemos Fiesta en este Jueves Santo porque nos llenamos de la Vida del Padre, como Moisés y Aarón y todos los que le siguen. Y esto hay que agradecerlo de verdad. Bien podemos contestarnos cómo pagar al Señor todo el bien que nos hace. Pues eso, rompiendo las cadenas (que eso son las grandezas humanas, las limitaciones, las necesidades...) y viviendo en total entrega y disponibilidad.

Hoy, Jueves Santo, estamos celebrando el Día del Amor fraterno. Hacemos memoria de cómo hemos sido y somos amados, y nos sentimos llamados a amar. Quien ha sido amado *“locamente”*, debe corresponder con amor. Las palabras de Jesús llegan a nuestro corazón. Sentimos que somos amados, y escuchamos que hemos de amar como Él ha amado, como nos está amando.

Queremos seguir el ejemplo de Jesús, Maestro y Señor. Queremos hacer entre nosotros lo mismo que Él hace. Queremos hacer Vida de lo que recibimos, proclamando a Jesús en este Pan y Vino de Vida. Queremos tener todo que ver con Jesús, aunque nos cueste hacer del servicio la Vida plena. La Vida del Padre entregada en Jesús.

No hay amor si no aprendemos a conjugar el verbo *“servir”*. No hay amor si, como hace Jesús, no estamos dispuestos a abajarnos, a inclinarnos, a despojarnos de todo tipo de títulos y privilegios. No hay amor si no nos ponemos a los pies de los hermanos, incluso ante el más insignificante de los hombres.

Cuando se ama no podemos considerarnos por encima del otro, si no se le trata con dignidad y respeto. No importa que sea diferente, pobre o inculto, solo lo podemos ver como un hermano. Y, por eso, hay que situarse ante él como discípulo, aprender de él, escucharle y dejar que pueda abrir sin reparos su corazón, que pueda contarte su historia vivida, haciéndole ver que ante él no hay un juez, sino un hermano que lo ama y lo mira con respeto.

«Me llamáis el “Maestro” y el “Señor”». Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis hacerlo. Lo acabamos de escuchar y el sacerdote que preside nuestra celebración va a repetir entre nosotros los mismos gestos y palabras de Jesús en aquella Cena con sus amigos. No tenemos ninguna excusa, hermanos. Lo que Jesús nos enseña es otro modo de vivir, de buscar la plenitud. Nos da ejemplo para hacer de la vida un camino de coherencia y fidelidad, sin falsas grandezas ni prestigios, ni servirse de los demás. La clave es servirnos unos a otros; hacernos uno porque tenemos un mismo Padre; vivir las capacidades que hemos recibido y ponerlas al servicio de los demás.